

De tierra la casa, de tierra la sepultura: arquitectura vernácula en los valles calchaquíes, Salta, Argentina

*A la memoria de Leonardo Icaza: sabio, erudito,
agradable charlador, generoso, buen colega, espléndido amigo
y sobre todo, un gran ser humano.*

Artículo que trata sobre el paisaje y la tradición arquitectónica vernácula del Valle Calchaquí, una amplia región localizada en el noroeste argentino en el que la tierra sigue siendo, desde tiempos inmemoriales, elemento sustancial en sus construcciones. El uso de este material ha traído consigo un perfeccionamiento técnico en su utilización acorde a las características espaciales y geográficas de la región, logrando una integración plena de arquitectura y paisaje.

Palabras clave: paisaje, arquitectura vernácula, sistemas constructivos, Argentina.

210 |

El Valle Calchaquí es una vasta depresión tectónica de casi 30 000 m² que se extiende por gran parte de las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca, en el noroeste argentino (figura 1), que conecta las tierras altas de la puna¹ y del altiplano, con los valles más bajos y húmedos situados hacia el sur y este.² Se trata de “[...] un valle encajonado desde sus nacientes en el Nevado de Acay a 5 000 msnm hasta San Carlos, ensanchándose hasta un máximo de 10 km en el Mollar, frente a Cafayate, donde el río Calchaquí confluye con el de Santa María a 1 680 msnm”.³

El valle está flanqueado por altas cordilleras y volcanes; aquí y allá se destacan evidencias y testimonios de milenarios procesos volcánicos, meteorológicos y sedimentarios, pues el viento, el polvo y los numerosos cauces de agua, tanto permanentes como de temporal, han labrado, a fuerza de años, numerosos valles y quebradas de tamaños y configuraciones diversas, los que contrastan con desiertos de arenas claras poblados de cardones y con agrestes cumbres nevadas. El paisaje resulta de una grandeza imponente

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

¹ Región conformada por una especie de tundra alpina que se localiza por arriba de los 4 000 msnm.

² Elizabeth de Marrais, “La arqueología del norte del valle Calchaquí”, en *Historia argentina prehispánica*, t. I, Córdoba, Argentina, Brujas, 2001, p. 289.

³ Verónica I. Williams, “El uso del espacio a nivel estatal en el sur del Tawantinsuyu”, en *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, San Salvador de Jujuy, Argentina, Universidad Nacional de Jujuy, 2010, p. 83.



Figura 1. Mapa de localización del Valle Calchaquí.

y de una belleza sobrecogedora; ya desde el siglo XVI, esta misma sensación que provoca el paisaje andino llamó la atención de los cronistas españoles:

Hay sierras de colores [...] unas coloradas, otras negras, de que sin otra mezcla hacen tinta; otras amarillas, verdes, moradas, azules, que se divisan desde

lejos y causan muy buen efecto [...] peñas y cerros de colores, no se donde los hay como aquí.⁴

Para algunos autores, este peculiar entorno geográfico es como un escenario dramático porque "[...] juega las dobles categorías del ataque y del obstáculo; de la tierra y el clima que retan, del hombre que responde; del espacio que desafía y del grupo social que pugna por dominarlo [...].⁵

Aunque se habla del Calchaquí como una sola formación geológica, éste es en realidad un sistema de valles subsidiarios y quebradas insertos dentro de uno mayor, cada uno con sus propias características y fisonomía. En un sentido estricto se pueden considerar tres sistemas principales de valles: al norte el de La Poma-Cachi, al sur el de Yocahuil o Santa María, y al oeste la Quebrada de las Conchas-Guachipas.

El paisaje montañoso de la región está dominado por el Nevado de Cachi, que con sus 6 390 msnm, es la máxima elevación que flanquea el valle (figura 2), mientras el principal drenaje lo constituye el río Calchaquí que discurre por la principal cuenca.

Las principales formaciones geológicas:

[...] son un estrato Precámbrico de gneiss, filitas y pizarras, sobre el que se disponen depósitos sedimentarios Cretácicos-Terciarios y Cuaternarios. Dentro de esta base metamórfica, se encuentran intrusiones ígneas que incluyen formaciones graníticas masivas [...].⁶

Hay además basaltos, tobas, andesitas, riolitas y otras piedras volcánicas, metamórficas y sedimentarias.

⁴ Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, vol. I, *Hispania Victrix*, Barcelona, Orbis (Biblioteca de Historia, 12), 1985, p. 276.

⁵ Felipe Cossío del Pomar, *El mundo de los incas*, México, FCE (Breviarios, 205), 1969, p. 7.

⁶ Verónica I. Williams, *op. cit.*, p. 295.



Figura 2. Un aspecto del Valle Calchaquí; al fondo se yergue el Nevado de Cachi. Fotografía de Patricia Carrillo, 2012.

En los valles hay depósitos de arenas, aluviones y arcillas, mientras que en los cauces de los ríos abundan las grabas y los cantos rodados. Todos estos materiales fueron, desde épocas muy tempranas, utilizados para la construcción, destacando especialmente la arquitectura de tierra, de la que trataremos adelante.

Los numerosos cursos de agua permanente que fluyen por los valles “[...] producen ámbitos aptos para la producción agrícola y constituyen vías de circulación interregional [...] Ambos factores constituyeron elementos de atracción para el establecimiento de poblaciones agroganaderas [...]”.⁷

Si en época prehispánica el pastoreo de llamas fue de gran importancia en la región, tanto por la cuestión económica como ritual, bajo el dominio español se incorporó el pastoreo de cabras y mulas, además de otros cultivos y productos: “La colonización permitió el lento crecimiento de las nuevas ciudades a partir de la explotación del algodón para la colocación de lienzos y paños, la producción de artesanías en cuero y, fundamentalmente el comercio de mulas.”⁸

⁷ Lidia Baldini, “El espacio cotidiano. Las casas prehispánicas tardías en el Valle Calchaquí, Salta”, en *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, San Salvador de Jujuy, Argentina, Universidad Nacional de Jujuy, 2010, pp. 53-54.

⁸ Eduardo M. Ashur, “Desde tiempos lejanos...”, en *Valles*

Durante la época anterior a la conquista los valles calchaquíes estaban poblados por numerosas etnias cuyos vestigios aún se preservan en numerosos asentamientos, campamentos, abrigos o aleros y cuevas. Los nombres de quilmes, diaguitas, tolombones, calchaquíes, ocloyas, andalgálás, hualfines, yocaviles, pomanes y saujiiles, son sólo algunos términos que designan a las muchas etnias que habitaron estos valles y que hoy han dado nombre a numerosos pueblos.⁹

De acuerdo con las fuentes históricas, durante el gobierno del décimo inca, Tupac Inka Yupanki, quien tomó el *llautu* o banda roja real, hacia el año 1481 d.C., fue cuando los valles calchaquíes se integraron al Tawantinsuyu, es decir, al señorío de las cuatro regiones, y entonces pasaron a formar parte de la región conocida como Collasuyu. Sin embargo, excavaciones realizadas en los valles por Terence D’Altroy demostraron una ocupación inca más temprana, la que al menos se remonta al 1440 o 1450 d.C., por lo que la conquista podría haber sido anterior, durante el gobierno de Titu Cussi Yupanqui, mejor conocido como Pachakuti.¹⁰

Como haya sido, lo cierto es que a pesar de la hostilidad y lo belicoso de las etnias locales, numerosos asentamientos, fortalezas e instalaciones incaicas se levantaron por los valles y la población fue incorporada al complejo sistema de tributación.

Ya en la época colonial, fue Diego de Almagro quien —durante su desastrosa expedición a Chile— alcanzó el Valle Calchaquí en 1536; más tarde lo siguió Diego de Rojas, quien llegó a Tucumán a

Calchaquíes, San Miguel de Tucumán, Argentina, Grupo por Imagen, 1997, p. 56.

⁹ Ana Schaposchnik, “Aportes para la etnohistoria del noroeste argentino. Síntesis de una investigación colectiva”, en *Publicar en antropología y ciencias sociales*, año III, núm. 4, Buenos Aires, Colegio de Graduados en Antropología, 1994, pp. 51-67.

¹⁰ Verónica I. Williams y Terence N. D’Altroy, “El sur del Tawantinsuyu: un dominio selectivamente intensivo”, en *Tawantinsuyu*, núm. 5, Canberra, The Australian National University, 1998, pp. 170-178.

través de la puna de Jujuy en 1543, pero murió en una escaramuza contra los indígenas en Santiago del Estero; la expedición continuó bajo el mando de Francisco de Mendoza, quien llegó hasta el río Paraná, pero allí fue asesinado por sus hombres acusado de despotismo y mal trato.

En 1549, Juan Núñez de Prado, por órdenes de Pedro La Gasca, inició una tercera expedición para emprender la conquista de Tucumán y colonizar la región, estableciendo así la gobernación del mismo nombre, lo que abrió el camino para la colonización del noroeste argentino y así, en 1550, fundó El Barco, al pie del Aconquija, establecimiento al que siguió Santiago del Estero en 1551, Córdoba en 1573, Salta en 1582, La Rioja en 1591 y Jujuy en 1593.

Desde la gobernación de Tucumán se trató de poblar el Valle Calchaquí con efímeras fundaciones, como El Barco,¹¹ Córdoba de Calchaquí, y San Clemente de la Nueva Sevilla, pero la lejanía respecto a Cuzco y Lima, la aridez, la ausencia de riquezas y la resistencia de los belicosos indígenas lo impidieron. Al respecto, Díaz de Guzmán menciona que Juan Pérez de Zorita

[...] fundó una ciudad en el Valle del Calchaquí¹² y otra en el de Conando a la que llamó ciudad de Londres. Corriendo el tiempo adelante, fue provisto a esta provincia un fulano Castañeda por los gobernadores de Chile, y por su mal gobierno vinieron a despoblar estas dos ciudades por los indios naturales de aquella tierra con pérdida y muerte de mucha gente española.¹³

De hecho, la colonización del valle fue ardua y difícil pues los indígenas, reticentes al dominio español, mantuvieron una actitud permanentemente hostil; no es extraño que se hayan sucedi-

¹¹ La que fue reubicada desde su posición original en el Aconquija.

¹² Precisamente se refiere a El Barco.

¹³ Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1998, pp. 162-163.

do continuas rebeliones, las que fueron conocidas como Guerras Calchaquíes, acaecidas en 1562, 1630-1637 y 1658-1667. Durante la última sucedió un insólito suceso, y fue que un español de nombre Pedro Chamijo, quien más tarde adoptó el de Pedro Bohórquez, se las ingenió para hacerse pasar ante los grupos calchaquíes como el descendiente del último inca, y bajo el título de "Inca Hualpa" enfrentó a los españoles a lo largo de dos años, hasta que acorralado optó por rendirse buscando la indulgencia, lo que de poco le valió, pues fue finalmente ejecutado.¹⁴

Así, una colonización efectiva no sucedió sino después de que concluyeran las guerras, cuando los indígenas ya diezmados y cansados no pudieron resistir más. A partir de la pacificación se fundaron nuevos ranchos y estancias ganaderas, las que producían algodón y textiles, paños, cueros y mulas, cuyo comercio fue próspero, pues grandes recuas se enviaban hasta Chile, precisamente a través de los valles.

El surgimiento del virreinato de La Plata en 1776 significó el inicio de una nueva etapa de mayor interacción económica, pues el noroeste argentino dependería ahora de Buenos Aires, y sobre todo realizaría sus negociaciones y tratos a través de las gobernaciones-intendencias de Salta y Córdoba de Tucumán.

Cuando se recorren los valles calchaquíes, además del espléndido marco natural que evoca una peculiar historia, destaca la presencia humana, pues abundan los asentamientos tanto en los valles y quebradas, como en las zonas montañosas, desde pueblos extensos hasta caseríos; desde rancherías y fincas grandes, hasta viviendas aisladas. En todos ellos es notable la casi omnipresencia de la arquitectura en tierra realizada ya con tapial o bloques de adobe, ya con piedra volcánica y cantos rodados unidos con lodo batido, ya en combinación, lo que

¹⁴ Hernando Torreblanca, *Relación histórica de Calchaquí*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación Argentina, 1999.

aunado a los diversos colores, claros, oscuros y rojizos de la propia arcilla, imprime a las construcciones un aspecto muy peculiar que se integra maravillosamente al entorno natural.

La arquitectura de tierra en los valles es indiscutiblemente atemporal, pues cuando nos topamos con alguna construcción y la analizamos detenidamente, comprobamos que bien puede datar de finales del siglo XVIII, o haber sido erigida durante el XIX, o a principios del XX, o aun en tiempos más recientes, y es que los sistemas constructivos se han mantenido incólumes a lo largo de los siglos, como una tradición viva, como una experiencia aprendida muy lejos, en el pasado, y heredada y transmitida por generaciones. Aquí no se necesita de un especialista; la propia gente diseña y levanta la vivienda, el corral o cualquier otra construcción que satisfaga sus necesidades.

Sin embargo, ahondando un poco en el tema, encontraremos que las técnicas constructivas prehispánicas son el antecedente de lo que ahora vemos. Durante la época anterior a la conquista, las diversas etnias que habitaron la región construyeron grandes poblaciones con un peculiar tipo de construcción circular u oval que consiste en muros de piedra amarrados con lodo, sobre los que se levantaba una cubierta de carrizos o palos y un grueso recubrimiento de lodo. Estas habitaciones suelen distribuirse en torno a patios, mayormente circulares, aunque también los hay cuadrangulares y formaban verdaderos y extensos complejos, con plazas mayores, patios y calzadas flanqueadas por albarradas o cercas de piedra.

La conquista de los valles por los incas significó la incorporación de nuevas tradiciones culturales y, entre ellas, de sistemas constructivos alternos; el adobe entonces empezó a tener un mayor uso, ya en bloques, ya en tapial, ya combinado con sillares y lajas de piedra. De hecho, al parecer la edificación con adobe parece haber sido una acti-



Figura 3. *Kallanka* inca de Potrero de Payogasta. Nótese la combinación de piedra y tapial. Fotografía de Patricia Carrillo, 2012.

vidad en donde la mujer tuvo un papel importante, lo que se desprende de algunas referencias históricas: “Son grandes trabajadoras y ayudan mucho a sus maridos; hacen casas de adobes y madera, que cubren con una especie de esparto”.¹⁵

En el sitio de Potrero de Payogasta, en la Quebrada del río Potrero, aún se yergue el muro hastial de una *kallanka*, vasto edificio inca administrativo de dos aguas. Su sistema constructivo es precisamente una combinación de tapial y piedra consolidada con barro batido; los materiales se alternan a diferentes alturas, lo que proporciona al edificio una gran estabilidad, y sobre todo elasticidad, para ser capaz de soportar las expansiones y contracciones de los materiales provocados por los cambios extremos de clima, desde una alta temperatura en verano, hasta heladas bajo cero en el invierno (figura 3).

Las casas que se extienden por los valles recuerdan bastante a esas pretéritas edificaciones,

¹⁵ Francisco López de Gómara, *op. cit.*, p. 276.



Figura 4. Construcción vernácula de adobe en la Quebrada de Potrero.



Figura 5. Restos de un horno de adobe en la Quebrada de Potrero.

pues evidentemente de tales técnicas constructivas derivaron, aunque también se enriquecieron con los propios sistemas y aportes españoles.

En una región en donde el clima suele ser extremo, la arcilla devino en un recurso accesible, manejable, resistente y, sobre todo, térmico, de allí su gran difusión como elemento esencial para la arquitectura vernácula a lo largo y ancho de los valles.

La vivienda más sencilla consiste en una construcción rectangular dividida en dos o tres secciones, para alojar la casa propiamente dicha, la cocina y en ocasiones una bodega (figura 4). El horno para pan también está construido de adobe y es un elemento casi omnipresente (figura 5). En casas más modernas se procura levantar una construcción de adobe para la fosa séptica, la que siempre está algo alejada del complejo doméstico. Bardas de adobe, tapial o de piedra unida con lodo delimitan los corrales.



Figura 6. Ejemplo de construcción de adobe con pórtico en la Finca de Potrero. Nótese los dinteles de madera de algarrobo.



Figura 7. Construcción en la Quebrada de Potrero con rodapié de piedra y alzados de adobe.

Edificaciones más complejas alargadas o en forma de “L” o “U” incluyen varias habitaciones distribuidas en torno a un patio. En este caso existen pórticos con columnas o pilares también levantados con adobe y con dinteles de algarrobo, aunque también hay arcos de medio punto (figura 6).

Aunque abundan las construcciones exclusivamente levantadas con bloques de adobe, no es extraño encontrar segmentos de tapial o rodapiés de lajas, cantos o bloques de piedra volcánica, sólidamente consolidados con lodo batido, costumbre que, como ya se mencionó, parece una reminiscencia de la arquitectura incaica (figura 7).



Figura 8. Armazón de cubierta con vigas de algarrobo en una casa de la Finca Potrero.



Figura 9. Techo colapsado de una casa de la Finca Potrero que muestra la cubierta de carrizos.



Figura 10. Detalle de una cubierta con la capa de arcilla.



Figura 11. Construcción vernácula de piedra y adobe con dintel y puerta de madera de cardón.

El acabado de los muros se logra con la aplicación de un aplanado de lodo, el que en ocasiones puede ir encalado e incluso pintado, aunque muchas casas carecen de recubrimiento alguno.

La técnica constructiva de las cubiertas también parece ser una continuación de las edificaciones incas o incluso anteriores. Por lo general se trata de techos de dos aguas o de una sola vertiente, contruidos con vigas de madera de algarrobo (*Prosopis pallida*), árbol espinoso de la familia de las leguminosas que alcanza hasta 10 m de altura y cuya resistente madera se utiliza igual en la construcción que en la elaboración de muebles; tanto su alta adaptación a medios desérticos como su resistencia a la sequía y su facilidad para reproducirse, han sido factores para que sea una especie muy común en la región, y por ende un material muy utilizado desde tiempos lejanos. El tronco

del árbol se utiliza como caballete o viga central, y sobre ésta se apoyan otros horcones transversales y tijeras para formar el armazón; la curvatura natural de la madera es favorable para acentuar la pendiente de la techumbre (figura 8).

Sobre la estructura ya armada se coloca una cubierta de cañas o carrizo (figura 9), sobre la que a su vez se extiende una gruesa capa de barro, de entre 5 y 10 cm de espesor y que prácticamente funciona como cubierta (figura 10).

También se utilizan troncos de algarrobo curvos para los dinteles y jambas, aunque para estos elementos suele igualmente utilizarse madera de cardón (*Euphorbia canariensis*) que además de su dureza y resistencia, imprime con su peculiar superficie horadada un singular aspecto a las casas (figura 11).



Figura 12. Tumbas de adobe en un paraje cercano a Cortaderas.

Las construcciones de tierra del Valle Calchaquí son testimonio ya no sólo de la continuación de una larga tradición arquitectónica, sino también del desarrollo y transmisión de una experiencia adquirida y de una especialización en el conocimiento y manejo de los materiales, lo que no es cualquier cosa, pues como ya han señalado diversos autores:

La mezcla, una vez preparada y debidamente proporcionada, presenta todas las cualidades necesarias para la construcción, pero aun así puede resultar inadecuada si se le utiliza equivocadamente en la conformación del elemento constructivo. La mezcla cobra capacidades de resistencia y durabilidad según el dimensionamiento que se le dé.¹⁶

Para la gente del Valle Calchaquí, la tierra es la vida, pues de ella depende el sustento, ya a través de faenas agrícolas, ya con el pastoreo. La tierra es también el material por excelencia para la vivienda y por extensión tenía que ser un componente importante en la muerte. Por los valles hay cementerios y tumbas aisladas que datan por lo menos de principios del siglo XIX. Como sucede con las casas, la base de las tumbas suele ser de

¹⁶ Natalia Murillo K., "México: un país con tradición constructiva", en *Las arquitecturas de tierra o el porvenir de una tradición milenaria*, París, Centro Georges Pompidou, 1985, p. 80.



Figura 13. Fachada de la cripta de adobe.

pedra unida con barro batido y el resto, incluyendo una cabecera sobre la que se coloca la lápida, es construido con bloques de adobe. En algunas se conservan restos de un aplanado de lodo. Cruces de hierro forjado o de madera se levantan sobre algunas, otras yacen derribadas junto a los escombros de las sepulturas (figura 12).

Pero así como hay casas sencillas y fincas grandes con patios y portales, también hay criptas más elaboradas. Por ejemplo, en el sector sur de la Quebrada de Potrero, uno de los tantos valles, a 2.5 km al noreste de la actual población de Cortaderas, justo en el acceso sur del vallecito, sobre una vasta colina y a unos 120 m sobre el nivel del valle, aún se yerguen los restos de lo que fue una grandiosa cripta que, a juzgar por las fechas en los epitafios de otras tumbas adyacentes, bien podría datar de mediados del siglo XIX. La construcción es un airoso edificio de planta rectangular 6 x 5 m y una altura de cerca de 6 m; desplanta de un zocalillo y remata con una cornisa moldurada; en las fachadas sur, este y oeste tiene cinco columnas embebidas rematadas con capiteles de orden dórico, mientras que por el norte solamente son evidentes las columnas de las esquinas, pues en esta fachada tenía una portada hoy muy destruida. Remata el edificio una serie de almenas a modo de festones y una suerte de pináculos en las esquinas (figuras 13 y 14).



Figura 14. Vista general de la cripta.

Tanto por las agradables proporciones como por la decoración, podemos afirmar que indudablemente se trata de una construcción muy académica, seguramente realizada por un arquitecto profesional. Pero lo más notable es que todo el monumento, la decoración y los acabados están hechos exclusivamente de tierra.

El techo era plano, con ligeras vertientes provocadas por la curvatura de las vigas de algarrobo; sobre el armazón tenía una estera de carrizo y luego la tradicional cubierta de lodo, de la que sólo queda una pequeña sección (figura 15).

En el interior de la cripta, recargado sobre el muro del fondo hay un altar de adobe, sobre el que se conserva una cruz de hierro (figura 16). El piso que parece haber sido también de arcilla, estaba sostenido por un armazón de vigas de madera de cardón, pues bajo el recinto se ubica un sótano en el que se resguardaban los sarcófagos de madera, recargados contra la pared y de pie. Según Guillermo Colque, dueño de la actual Finca de Potrero, “[...] la cripta fue construida por los antiguos dueños de la estancia, quienes pedían ser sepultados de pie para poder seguir vigilando sus tierras; por eso están allá arriba, en el cerro”.

Lamentablemente el deterioro de las vigas provocó el total colapso, de tal manera que el ac-



Figura 15. Detalle de las vigas de algarrobo y restos de la cubierta de carrizo de la cripta.



Figura 16. Cruz de hierro sobre el altar de la cripta.

ceso original y la escalera del sótano están perdidos y ya sólo se conserva uno de los sarcófagos (figura 17).



Figura 17. Sarcófago dentro de la cripta. Nótese las vigas de cardón desplomadas.

Cuando se recorren los valles, llama poderosamente la atención la gran cantidad de casas y fincas de adobe abandonadas a merced del deterioro. Aparentemente ha habido cierta movilidad de la gente desde las zonas más agrestes en las montañas hacia puntos más accesibles; de igual manera, varias familias han optado por dejar los valles para emigrar hacia pueblos más grandes o hacia las ciudades (figura 18).

La mejor forma de conservar un monumento es lógicamente a través del uso, de allí que bellos ejemplos de esta arquitectura de tierra estén condenados a desaparecer. En otras ocasiones la ignorancia lleva a realizar actos verdaderamente atroces; por ejemplo, en 1998 tuve la oportunidad de trabajar en la región y visité una muy bella construcción abandonada que conservaba un espléndido pórtico con arcos de medio punto. Toda la edificación había sido levantada con adobes y aparentemente databa de finales del siglo XIX o principios del XX (figura 19). Recientemente, cuando fracasé en mi afán por detectar en el paisaje el



Figura 18. Vivienda de adobe abandonada en el Valle Calchaquí.



Figura 19. Espléndida construcción con arcada de adobe, como lucía en 1998.

singular monumento y pregunté a los locales sobre el mismo, me enteré de que la habían demolido recientemente pues “[...] como el dueño de la finca andaba en pleitos de tierras con el hermano y éste se alojaba en un cuarto de esa casa cuando venía a la quebrada, la esposa del dueño la mandó demoler para que no tuviera dónde quedarse”.

Y efectivamente, al visitar el paraje, tristemente me encontré con que no quedaban sino los cimientos de lo que fuera un magnífico ejemplo de construcción vernácula de tierra; una montaña de bloques derribados comienzan a degradarse formando un montículo (figura 20) y de la espléndida arcada no queda más que el arranque de uno de los arcos (figura 21).

Por otra parte, resulta alentador que la gente de los valles siga recurriendo a la tierra para levantar sus casas; aquí aún no se sufre la terrible invasión de las viviendas de tabicón gris, las que pueden ser un atentado contra la integridad del paisaje.



Figura 20. Escombros de la misma construcción a finales de 2012.

Concluyendo, no queda más que decir que en una región agreste y difícil, desde tiempo inmemorable la tierra fue y sigue siendo el elemento por excelencia para la construcción. El uso de este material implica no sólo un conocimiento técnico adecuado, sino también una buena planeación en la que se consideran las características del medio, la elección del paraje, la distribución de espacios y la integración con el paisaje. Se buscan, por ejemplo, zonas elevadas, a pie de monte y hondonadas protegidas por lomas con buen drenaje, pues un factor a considerar es la protección contra el viento que en algunas épocas suele ser muy fuerte, las lluvias y granizadas, y aun la intensa incidencia solar.



Figura 21. Detalle de la única sección de un arco que se conserva en el sitio.

Aunque gran parte de esa experiencia proviene de la época prehispánica y colonial, con el transcurrir de los tiempos se ha ido perfeccionando, de tal modo que sigue siendo una tradición muy viva.

